La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

		J			2		
							K
M						1	
			N				
		L	3				

SOLUCION

J = Dama; K = Caballo; L = Rey; M = Alfil; N = Torre.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
6	7	2	9	1	1
6	8	5	4	0	1
8	5	0	7	1	0
9	8	3	0	1	0

SOLUCION

9521

Verano/12



PAREJA DE ASES

(Por Manuel Vicent) Tenía la mano aferrada a una pareja de ases cuando murió, y en la mesa había un rey de corazones. En el momento del envite, el jugador sentado en el número ocho de pronto dobló el cuello y primero sonó el crujido de su nuca en el silencio de la partida y un instante después todos vieron que el espinazo de Boro Salami se desplomaba a peso sobre el tapete, acompañado de un gemido. Era un gordo de labios morados, medio judío, con algo de árabe y un poco de indio o paquistaní, sin delitos o negocios sucios que se conocieran. Con la boca en el paño de la mesa, sus córneas extraviadas se habían quedado mirando hacia arriba, una al mazo de la baraja, otra al calendario de la pared. Serían las cinco de la madrugada cuando el hombre estiró la pata, y a esa hora formaban la timba de póquer un exportador de ventresca de atún, un rey de máquinas tragaperras, un perista de oro robado al tirón, un jamonero al por mayor, dos tahúres profesionales sin domicilio, un profesor de latín con fincas en Salamanca y un médico retirado que ya no sabía tomar el pulso.

El muerto no soltó la pareja de ases que llevaba en la mano; mientras tanto, algunos puntos y gente de la casa comenzaron a agitarse a su alrededor tratando de socorrerle al ver que aún resollaba. El jamonero le aflojó el nudo de la corbata, y otros jugadores, después de guardarse el resto en el bolsillo, se juntaron para levantar el corpachón del finado hasta depositarlo a lo largo del tapete verde bajo la lámpara que vertía en su rostro un cono de humo. Había perdido ya nueve millones esa noche y se le partió una cañería por dentro, pero el regente del garito quiso saber si esta vez el moro o judío Salami había traído talonario o dinero en crudo, y antes que nada se abrió paso entre el pequeño tumulto para explorarle la cartera. Sólo llevaba dos billetes lilas y el retrato de una dama de mediana edad que bien podría ser su mujer o la amante, aunque nadie en aquel antro la conocía ni siquiera de nombre. También lucía un brillante de cinco quilates en el dedo corazón que el perista tasó a ojo sobre la marcha, y al oír semejante cifra el dueño del garito levantó la mano del muerto para examinar de cerca aquella joya, y nadie reparó entonces que el muerto no soltaba la pareja de ases que en esa mano tenía trincada todavía. El médico *burlanga* le desabrochó la pretina del pantalón, otros le comprimieron los pulmones y hubo alguien que se atrevió a soplarle por la boca sin contener la risa.

—Una vez le corté la oreja a un moroso —dijo el amo de la casa—, y este tipo se ha ido al otro mundo con nuevo millones de pufo. ¿Qué quieren ustedes que haga?

—Ya es difunto. No haga usted nada —sentenció el médico.

—No se ha parado del todo, aún resopla —sollozó el de las tragaperras—. Hay que llevarlo a un hospital.

Antes de que alguien le arrebatara la presa, el dueño del garito le tomó la mano izquierda al fiambre e hizo el primer amago de extraerle el anillo de brillantes con el fin de resarcirse de la deuda, pero se encontró con la pareja de ases bien amarrada entre los dedos. Al principio no le dio importancia. El tipo tiró de ambos naipes, y al ver que éstos no cedían siguió forcejeando con ellos sin hacer comentarios, aunque enseguida se vio obligado a llamar la atención de todos los presentes, puesto que allí estaba sucediendo algo insólito. Las cartas parecían estar soldadas a la carne del difunto como prolongación de una mano poseída por la terrible voluntad de no ceder. Pidió ayuda. Se unieron el exportador de ventresca y el crupier de la casa para hacer fuerza apalancándose a la mesa de póquer mientras el jamonero le daba con la raqueta en los nudillos, y tampoco consiguieron nada, si bien el pánico comenzó a cundir cuando el dueño del garito mandó a gritos que trajeran el cuchillo de sierra que había en la cocina, y en medio del baile al finado le brotaba cierta espuma verdosa de los labios, pero ningún gemido. En ese chalé de El Viso, contando al fiambre, no estaban sino los íntimos y una dama desconocida cuyo retrato, durante el forcejeo, había caído boca arriba en la mesa entre los naipes. También estaba la luz del alba rayando ya las persianas, la cual imprimía un tono de grisalla al humo frío del tabaco que aún flotaba en torno de la lámpara encendida sobre el cadáver de Boro Salami.

—Le tendré que cortar el dedo —dijo friamente el garitero.

—¿Y qué haremos con lo demás? —preguntó el profesor de latín.

—Ya se me ocurrirá algo. Primero, lo mío.

—Hay que intentarlo otra vez —sugirió el exportador de ventresca—. ¿Tenéis unas tenazas? Yo soy un experto en estirpar agallas de marrajo. Esto es más fácil.

—A ver, chiquitín, trae las herramientas del coche —gritó el médico jubilado.

Cuando aquel joven ex atracador vestido de esmoquin, que era servidor del garito, acudió con un martillo, varios destornilladores, unas tenazas y dos llaves inglesas, además del gato, la operación comenzó de nuevo. El gran cadáver de Boro Salami se hallaba tendido boca arriba sobre el paño de la mesa de póquer con los brazos en cruz y la mano enjoyada. El exportador de ventresca, que tuvo un pasado de ballenero, trincó los naipes con la tenaza y exigió que alguien tirara del fiambre en sentido contrario mientras él trataba de arrancar de cuajo aquella maldita pareja de ases. Apretaban todos a la vez cuando el garitero lanzaba un grito de aliento, pero la mano del difunto parecía de acero y las cartas también. Alguien se puso nervioso y le dio un martillazo. Y después uno más, y otro, y otro, lo cual no hizo sino descubrir con horror que de la mano del difunto comenzaban a saltar chispas, y éstas no olían a carne quemada. En medio de aquella pelea, el retrato de la dama desconocida estaba entre las piernas del fiambre, mirando con ojos muy claros a cada uno de los contendientes, y fue el rey de las tragaperras el que lo advirtió primero.

—Escuchadme bien, yo conozco a esta mujer —dijo.

—¿Es alguien importante?

—La he visto alguna vez en los papeles —añadió el de las tragaperras exhibiendo la fotografía.

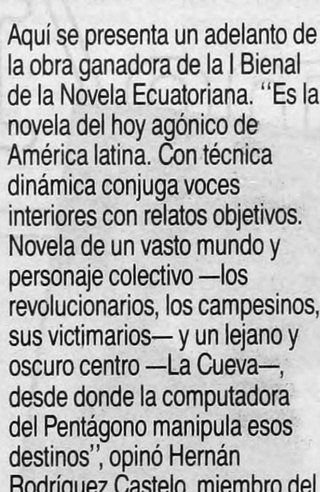
—¿No es aquella que apareció acuchillada en una vaguada de Somontes?

—Vaya, vaya —murmuró el dueño del garito.

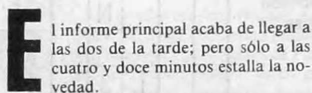
El rey de las tragaperras quería contar la historia de aquella dama desconocida mientras todos rodeaban la mano del difunto Salami tratando de averiguar su secreto. El dorso tenía bien dibujadas las venas azules y el vello ligeramente dorado, pero a ninguno de los presentes se le había ocurrido quitarle la chaqueta y arremangarle la camisa. La idea ahora partió del profesor de latín. Primero hubo que desnudar el tronco del cadáver, y cuando esto hicieron saltó el misterio, aunque sólo en parte. Bajo la lámpara de la mesa de póquer apareció el brazo ortopédico de Boro Salami fabricado con el mejor material de Alemania, y al darle el primer martillazo resonó un eco profundo en su interior, que también se repitió en los tabiques del antro. El asunto no había hecho más que comenzar.

Por Raúl Rojas Hidalgo

UNA BUENA RAZON PARA MATAR



Aquí se presenta un adelanto de la obra ganadora de la I Bienal de la Novela Ecuatoriana. "Es la novela del hoy agónico de América latina. Con técnica dinámica conjuga voces interiores con relatos objetivos. Novela de un vasto mundo y personaje colectivo —los revolucionarios, los campesinos, sus victimarios— y un lejano y oscuro centro —La Cueva—, desde donde la computadora del Pentágono manipula esos destinos", opinó Hernán Rodríguez Castelo, miembro del jurado que premió el trabajo de Rojas Hidalgo.



El informe principal acaba de llegar a las dos de la tarde; pero sólo a las cuatro y doce minutos estalla la novedad.

—¡Qué barbaridad! —piensa Controlador, malhumorado—. Justamente ahora.

—Informe A para registro.

—Incompleto.

—Numérelo.

—Numerado.

—Enlácelo con los mensajes de la mañana.

—Computador trabajando. Enlazado.

Los registros de la mañana están en la memoria de un solo computador. Entraron normalmente. Los de la tarde llenan ya dos disquetes y trituran brutalmente la serenidad de la Unidad 5.

—¡Pavadas! —dice socarronamente por allí el botoneador encargado de reunir los datos.

—No son pavadas —comenta el compañero de la derecha—. Observa. Llegan más datos.

—Normalidad —se oye por el fondo al Controlador cejijunto—. Todo está normal. Reciban los datos y a callar. Conocen su trabajo.

En las demás salas y en unas cuatrocientas pantallas, entre tanto, el mundo sigue siendo visto y prorrateado en cifras. Misión OJO, misión ENS, misión Y, misión K, W. GH. Tantas misiones cuantos planes o proyectos han sido adoptados para cualquier parte del universo. Tantas luces y colores como sean necesarios para picar de luminosidad las memorias perfectísimas de los ordenadores incansables.

La Cueva es así. Un birimbao de máquinas electrónicas. Centenares de botones que no hacen ruido al llenarse de luz. Muchos digitadores atentos, siempre atentos, como en trance, delante de las pantallas enormes.

Se oye el aire aquí. Se podría oír el tiempo.

Controlador vigila ciertamente el asunto. Pero más vigila las reacciones de los botoneadores que, aunque obreros de esta casa multielectrónica, no son más que la última rueda del molino. No son unos robots, por supuesto; aunque Controlador vaya y venga por ahí trayendo normas.

—Silencio.

—Normalidad.

—A su trabajo.

Ellos reflexionan, sobremiran, leen los informes o compaginan cuadros, reprocesan. Entienden todo lo que está sucediendo o adivinan lo que va a suceder con las gentes o con las naciones.

—Nuevo elemento del informe A. Reciba.

—Nuevo elemento del informe A. Llega a las diecisiete-tres-veintinueve.

—Unidad 5 para Central 2: trabajando en informe A.

—Rayo A, Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

—Recibido, Unidad 5. Recibido. Todo correcto.

Aunque resuena la última palabra en el recinto, un movimiento de interpretación sobresalta a todos en la Central 2. Viene de los botones amarillos y de los rojos que acaban de encenderse después de una persistente llamada. Las claves luminosas, una vez interpretadas, rezan sencillas:

—Rebelión militar en Argentina.

—Rebelión...

Ha ocurrido. Rebelión militar en Argentina. Tenían razón los informes A 17, A 36, A 45, de los días anteriores. Se encadenan claramente los asuntos al código ZUM, porque vienen subrayados en rojo. Con razón camina más preocupado el gato Controlador.

—No es cualquier caso éste —dice ya, con dudas, en voz baja, uno de los tipeadores—. Argentina estaba en lo previsto, vaya. Dentro del esquema.

—Estaba saliendo —ronronea por lo bajo también, su compañero—. Este informe cambia las cosas.

—¿Puede ser?

—Puede ser.

—Silencio —se oye de golpe y en voz firme, aunque ahumada por una sonrisa larga, convincente, al Controlador.

Al apretar el botón correspondiente para seguir el informe, trabajador ONCE hace una mueca. SIETE mueve el labio. TRES intenta un gesto. Por el alma, el alma que ahora despierta en todos, pasa una pequeña sombra. La sombra natural de la reflexión:

—Al diablo con Buenos Aires.

Ha aparecido, mientras tanto, Evaluador, por ahí. Es otro miembro de la plana superior. Un "intelligens", que llaman los que conocen el asunto. Un "flash", que dicen los de acá. Su presencia es normal cuando ha concluido un informe o se precisa el control de toda la cadena de cifras. Evaluador ha sido siempre complemento de la tarea de los Analistas, cuyo trabajo es, a su vez, complemento del esfuerzo de cada central autónoma. Hasta él llegan estas luces infinitas, estos números infinitos, esta maquinación infinita de los computadores. El forma parte, además, de la cúpula de la Cueva. De su trabajo mental, de sus coordinaciones y juicios (lo imposible de las máquinas y lo prohibido para los maquinistas) salen respuestas, indicios, sugerencias, caminos, planteamientos de ventajas, índice de desventajas, croquis. Para todo. Para todos. En las pantallas que él dirige, asoman los primeros y los últimos cabos que atar. Luego de unos minutos de ver rodar las luces como un tren impresionante, él se queda allí, sin pestañear, sacando conclusiones. Su tarea es, pues, casi sobrehumana. Estrictamente reservada.

Este andar de sombra de Evaluador en busca de los Analistas sorprende todavía más. El curioso que hay en cada uno de los de abajo, aparentemente mecanizados, funciona soterradamente. Como está prohibido analizar públicamente los datos, en la conciencia de cada miembro de esta maraña las situaciones comprobadas influyen.

Así pues,

—El informe desde Argentina cambia de dimensión —han pensado quince, tal vez treinta empleados.

—Y qué me importa Argentina, después de todo —han contraopinado cuatro, veinte, cuantos quiera.

Mas los informes desde Argentina llegan por decenas cada vez. En una hora tal vez medio centenar. O mil en la sesión más crítica de las 9 p.m. Las computadoras sorben a colores infinidad de letras y de avisos.

Ya está, por supuesto, ubicado el informe a través de las coordenadas tiempo (abril 26, las catorce cuarenta y ocho...) y espacio (Buenos Aires, Argentina. La Plata, Argentina. Córdoba, Argentina). Ha sido codificado todo el ergotismo con enorme precisión. Los botones digitales han ido centuplicando destellos. Se encienden y apagan muchas luces. Corren en las pantallas cien vehículos de colores. El tableteo multicolor forma una orquesta. Los teléfonos saltan.

—¡Silencio! —ha repetido otra vez Controlador, tercamente, para empujar a todos a concretarse en los computadores—. Todo está normal.

Pero no es cierto: el informe A no empata con la proyección A. Eso es evidente. Los militares rebeldes de Buenos Aires, en plena semana santa, son aquello que puede llamarse "unos personalísimos militares". Sudamericanos, además, que es como decir bien conocidos.

"Alfonsín ha acudido inmediatamente a enfrentar la situación en el mismo cuartel en donde la sublevación se produjo" (*Clarín*).

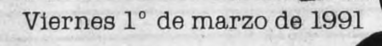
"La situación está bajo control (*La Nación*).

Sí. Es una rebelión más, de militares, en una nación latinoamericana.

Lo de siempre: algún generalísimo de esos que quieren ensayar sus charreteras. Ya verán. Ha dicho que si no le atienden estos asuntos, él hará crujir a la patria; porque siendo patriota no tolera caminos errados en la conducción del país. (Sacrificio de héroes, otra vez.)

Como usualmente, los pelotones acorralados bajo la autoridad militar y la autoridad de la ley obedecen al que está adelante. El súbdito que puede escapar mentalmente no puede corporalmente. La disciplina es un cañón cuya boca apunta a la base misma del espíritu soldado.

La rebelión, empero, no es común. Ayer La Valle, Echeandía y Pueyrredón frustraron la democracia con rebeliones comunes: las asonadas. Ahora ha ocurrido por una ra-



UNA BUENA RAZON PARA MATAR

Aquí se presenta un adelanto de la obra ganadora de la I Bienal de la Novela Ecuatoriana. "Es la novela del hoy agónico de América latina. Con técnica dinámica conjuga voces interiores con relatos objetivos. Novela de un vasto mundo y personaje colectivo —los revolucionarios, los campesinos, sus victimarios— y un lejano y oscuro centro —La Cueva—, desde donde la computadora del Pentágono manipula esos destinos", opinó Hernán Rodríguez Castelo, miembro del jurado que premió el trabajo de Rojas Hidalgo.

Por Raúl Rojas Hidalgo

El informe principal acaba de llegar a las dos de la tarde; pero sólo a las cuatro y doce minutos estalla la novedad.

—¡Qué barbaridad! —piensa Controlador, malhumorado—. Justamente ahora.

—Informe A para registro.

—Incompleto.

—Numérelo.

—Numerado.

—Enlácelo con los mensajes de la mañana.

—Computador trabajando. Enlazado.

Los registros de la mañana están en la memoria de un solo computador. Entraron normalmente. Los de la tarde llenan ya dos disquetes y trituran brutalmente la serenidad de la Unidad 5.

—¡Pavadas! —dice socarronamente por allí el botoneador encargado de reunir los datos.

—No son pavadas —comenta el compañero de la derecha—. Observa. Llegan más datos.

—Normalidad —se oye por el fondo al Controlador cejijunto—. Todo está normal. Reciban los datos y a callar. Conocen su trabajo.

En las demás salas y en unas cuatrocientas pantallas, entre tanto, el mundo sigue siendo visto y prorrateado en cifras. Misión OJO, misión ENS, misión Y, misión K, W. GH. Tantas misiones cuantos planes o proyectos han sido adoptados para cualquier parte del universo. Tantas luces y colores como sean necesarios para picar de luminosidad las memorias perfectísimas de los ordenadores incansables.

La Cueva es así. Un birimbao de máquinas electrónicas. Centenares de botones que no hacen ruido al llenarse de luz. Muchos digitadores atentos, siempre atentos, como en trance, delante de las pantallas enormes.

Se oye el aire aquí. Se podría oír el tiempo.

Controlador vigila ciertamente el asunto. Pero más vigila las reacciones de los botoneadores que, aunque obreros de esta casa multielectrónica, no son más que la última rueda del molino. No son unos robots, por supuesto; aunque Controlador vaya y venga por ahí trayendo normas.

—Silencio.

—Normalidad.

—A su trabajo.

Ellos reflexionan, sobremiran, leen los informes o compaginan cuadros, reprocesan. Entienden todo lo que está sucediendo o adivinan lo que va a suceder con las gentes o con las naciones.

—Nuevo elemento del informe A. Reciba.

—Nuevo elemento del informe A. Llega a las diecisiete-tres-veintinueve.

—Unidad 5 para Central 2: trabajando en informe A.

—Rayo A, Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

—Recibido, Unidad 5. Recibido. Todo correcto.

Aunque resuena la última palabra en el recinto, un movimiento de interpretación sobresalta a todos en la Central 2. Viene de los botones amarillos y de los rojos que acaban de encenderse después de una persistente llamada. Las claves luminosas, una vez interpretadas, rezan sencillas:

—Rebelión militar en Argentina.

—Rebelión...

Ha ocurrido. Rebelión militar en Argentina. Tenían razón los informes A 17, A 36, A 45, de los días anteriores. Se encadenan claramente los asuntos al código ZUM, porque vienen subrayados en rojo. Con razón camina más preocupado el gato Controlador.

—No es cualquier caso éste —dice ya, con dudas, en voz baja, uno de los tipeadores—. Argentina estaba en lo previsto, vaya. Dentro del esquema.

—Estaba saliendo —ronronea por lo bajo también, su compañero—. Este informe cambia las cosas.

—¿Puede ser?

—Puede ser.

—Silencio —se oye de golpe y en voz firme, aunque ahumada por una sonrisa larga, convincente, al Controlador.

Al apretar el botón correspondiente para seguir el informe, trabajador ONCE hace una mueca. SIETE mueve el labio. TRES intenta un gesto. Por el alma, el alma que ahora despierta en todos, pasa una pequeña sombra. La sombra natural de la reflexión:

—Al diablo con Buenos Aires.

Ha aparecido, mientras tanto, Evaluador, por ahí. Es otro miembro de la plana superior. Un "intelligens", que llaman los que conocen el asunto. Un "flash", que dicen los de acá. Su presencia es normal cuando ha concluido un informe o se precisa el control de toda la cadena de cifras. Evaluador ha sido siempre complemento de la tarea de los Analistas, cuyo trabajo es, a su vez, complemento del esfuerzo de cada central autónoma. Hasta él llegan estas luces infinitas, estos números infinitos, esta maquinación infinita de los computadores. El forma parte, además, de la cúpula de la Cueva. De su trabajo mental, de sus coordinaciones y juicios (lo imposible de las máquinas y lo prohibido para los maquinistas) salen respuestas, indicios, sugerencias, caminos, planteamientos de ventajas, índice de desventajas, croquis. Para todo. Para todos. En las pantallas que él dirige, asoman los primeros y los últimos cabos que atar. Luego de unos minutos de ver rodar las luces como un tren impresionante, él se queda allí, sin pestañear, sacando conclusiones. Su tarea es, pues, casi sobrehumana. Estrictamente reservada.

Este andar de sombra de Evaluador en busca de los Analistas sorprende todavía más. El curioso que hay en cada uno de los de abajo, aparentemente mecanizados, funciona soterradamente. Como está prohibido analizar públicamente los datos, en la conciencia de cada miembro de esta maraña las situaciones comprobadas influyen.

Así pues,

—El informe desde Argentina cambia de dimensión —han pensado quince, tal vez treinta empleados.

—Y qué me importa Argentina, después de todo —han contraopinado cuatro, veinte, cuantos quiera.

Mas los informes desde Argentina llegan por decenas cada vez. En una hora tal vez medio centenar. O mil en la sesión más crítica de las 9 p.m. Las computadoras sorben a colores infinidad de letras y de avisos.

Ya está, por supuesto, ubicado el informe a través de las coordenadas tiempo (abril 26, las catorce cuarenta y ocho...) y espacio (Buenos Aires, Argentina. La Plata, Argentina. Córdoba, Argentina). Ha sido codificado todo el ergotismo con enorme precisión. Los botones digitales han ido centuplicando destellos. Se encienden y apagan muchas luces. Corren en las pantallas cien vehículos de colores. El tableteo multicolor forma una orquesta. Los teléfonos saltan.

—¡Silencio! —ha repetido otra vez Controlador, tercamente, para empujar a todos a concretarse en los computadores—. Todo está normal.

Pero no es cierto: el informe A no empata con la proyección A. Eso es evidente. Los militares rebeldes de Buenos Aires, en plena semana santa, son aquello que puede llamarse "unos personalísimos militares". Sudamericanos, además, que es como decir bien conocidos.

"Alfonsín ha acudido inmediatamente a enfrentar la situación en el mismo cuartel en donde la sublevación se produjo" (*Clarín*).

"La situación está bajo control (*La Nación*).

Sí. Es una rebelión más, de militares, en una nación latinoamericana.

Lo de siempre: algún generalísimo de esos que quieren ensayar sus charreteras. Ya verán. Ha dicho que si no le atienden estos asuntos, él hará crujir a la patria; porque siendo patriota no tolera caminos errados en la conducción del país. (Sacrificio de héroes, otra vez.)

Como usualmente, los pelotones acorralados bajo la autoridad militar y la autoridad de la ley obedecen al que está adelante. El súbdito que puede escapar mentalmente no lo puede corporalmente. La disciplina es un cañón cuya boca apunta a la base misma del espíritu soldado.

La rebelión, empero, no es común. Ayer La Valle, Echeandía y Pueyrredón frustraron la democracia con rebeliones comunes: las asonadas. Ahora ha ocurrido por una razón distinta. ¡Una razón! Los militares —no se crea— también piensan. También reaccionan. ¿Quién dijo que son unos tímidos cachorros sometidos de tal manera al silencio, que hasta les abandona el discernimiento?

—Lo que se ha dicho es que obedecen ciegamente a la jerarquía, pero no que la jerarquía les sume los sesos.

Piden que no sigan los juicios absurdos que los civiles han inspirado en Argentina. Esos juicios con los que reclaman hasta el presente, los civiles, lo que fue historia entre 1976 y 1983. Los juicios por los desaparecidos, los muertos, los sentenciados sin otra sentencia que la patada de un general, el bofetón de un coronel, la furia de un teniente; sentencia que al cabo degeneró en arrastre, en sacudida, en sablazos, en tortura, en descargas.

—¿Sólo eso piden? ¡Pudibundos! Heroicos. Indefensos.

—¡Pobrecitos!

Pero no. Nadie va a tocar su categoría. La casta sale en defensa de los casteados; ¡en Argentina los militares son de sangre! (Sépase).

El informe A, como se puede advertir, ha tomando un giro singular: "Militares rebelándose contra el plan A que venía impuesto desde el 79".

—¿Impuesto?

—Impuesto.

—¿Desde el 79?

—Desde el 79, desde el 40, desde no sé cuándo.

—¡Y uno que creía que era la época de independencia! (Por tantas votaciones, digo).

El juicio que al General le cuelgan sobre el pecho, casi como medalla, no repone a un hijo como el suyo, carne y carne, sangre y alma. Ni lo repone la posible sentencia condenatoria. Ella como madre sabe que la frente elemental del joven hijo no puede ya ser revivida. Un soldado obediente (¡ah, la maldita obediencia de soldado!) le trituró el parietal con una culata, el veintidós de noviembre de 1976, a las tres de la tarde, por Lanús. Cómo ocurrió, sólo es idea. Los soldados nunca avisan cómo matan cuando matan.

Ayer han concurrido los fiscales y en nombre de la nación entera, incluida esta madre, han acusado del crimen al obsecuente cumplidor de recetas militares. El se justificó soberbiamente con aquello de las órdenes y no sé qué más, que suena a animales, pues los animales no piensan cuando actúan. Eso. Animales.

—Y el militar no piensa cuando actúa.

—¿No piensa?

—Yo cumplía órdenes, señor juez. Vino el oficial y me dijo: "Pegale no más en la frente. Pegale en el trasero. Pegale en donde más gustés, Florencio. A éstos no hay que dejarles ni siquiera el ojo del culo. Vos sabés a qué me refiero, jueputa". Y yo sólo le pegué una sacudida por donde pude, pero sin herirle, señor. Sin herirle.

No. No le heriste. Pero se te murió, boludo. Murió no más. Ahora nadie reemplaza a mi hijo rubicundo. Nadie repone sus frases de gacheta, de varón en celo, cuando salía los domingos a joder con la piba.

—Chiao, madre. No me esperés temprano.

—¿Temprano? Cuidate, malandro. Las pibas se empreñan así no más, sin que caigás en cuenta. No me andés sobando a la luz de la luna. Mirá lo que hacés. Ellas quieren atraparte, reptil. Van a atraparte.

El reptilcillo volvía, sin embargo. Volvía cada vez y con qué cara de cuento. La piba había florecido, así no más, sin el vestido, por sus manos. La vida había ofrecido su ración de zumos, por los poros rosados de ambos chicos. La vida había seguido. Seguía. A diario germinaba en sus impulsos. Caminaba. Volvía. Encendía promesas y ensueños y amistades y pasiones.

Ahora, señor juez, salen con esto. Con que no le golpearon para matarle sino para inquirirle. Para sacarle nombres de otros jóvenes amadores de domingo también, enrolados en el nudo ése, donde Jaime de la Boza, que ahora viene a conocer la vieja,era un club de pensadores.

Y salen con lo nuevo: que cumplían órdenes (cuándo no), los mierdas éstos, soldados de la patria (qué patria, puta, digo, qué patria, si lo mataron, si le rompieron la frente, si le sacaron los sesos sin una sola angustia, sin un solo sentimiento, so lebreles, comevidas, por la patria).

—Señora, usted no puede hablar todavía. No es testigo ni ha sido requerida en este tribunal por abogado alguno.

—Es que soy la madre, señor. Tengo todo el derecho del mundo.

—Señora, por favor. Guardia, lleve a la señora y que le sirvan un vaso de agua.

¡Un vaso de agua! Con eso tragaré la muerte. Me pasará con eso este dolor de cuerpo entero, de vida entera, que me sube desde el centro de la vida, el vientre, hasta la demolición de la conciencia.

Una vieja engordecida, como ella, ya no siente vergüenza por su talle de jamón, su andar de báscula, su tenue jorobita y los cachetes. Ni siente nada por ir así, vestida de negro, el negro ceremonial a que se ha condenado junto con las demás viejas entontecidas por la ira. No, no es venganza lo que anima. Ni rencores. Es la vida. Es haber tenido adentro al hijo, a la hija, a estos pibes sonrientes y soberbiamente haberles parido con el dolor que dicen es castigo. Se sabe, cuando una es madre, que ese castigo borra toda maldición y una entra en la plenitud de la existencia. El hijo sale caliente, calientito, sobando,de otra forma que el marido, la pared uterina. Y la vida nace, y se extiende, y se multiplica, y late allí en otra partitura, en otras manos, dos manos, cien manos, mil millones de manos, que es un hijo.

Y vienen hoy con que obedecían. ¿Puede haber obediencia para matar? Sólo los machos que no paren pueden matar, entonces. Sólo ellos que empujan la semilla enloquecidos, que aman y desgarran el himen como un cielo y luego se van, se van sin más, dejando que la vida, ella sola, se haga trenzas, se haga rostro, se haga piel, en el cuartito suave de la matriz nuestra, femenina.

Le mataron. Simplemente ya no está. ¡Triste hijo mío! El dulce espacio, el firme sitio que ocupaba, es ahora más aire y está libre. Este soldado le disparó el porrazo que reventó sus huesos. ¿Pensaría al matar, el verde imbécil, que mi niño vino por la tarde, sobre el catrecito de lonas que todavía tengo en un rincón del piso? ¿Pensaría que era una realidad, una verdad de ojos y de tripas, veinteañero? ¿Pensaría siquiera que una vez suspendido el hálito de un hombre, ya no vuelve? Se engaña uno con la vista de las personas vivas para pensar que el muerto no es tan muerto, sino un suspenso, un inerte hasta mientras que volverá a aparecer haciendo guiños, como los artistas de cine cuando mueren por libreto.

Obedecía. ¿Y quién te tomó, baboso, la muñeca para alcanzar el mango del azadón y destaparle? ¿Quién podría empujarte las venas o la sangre para mover a diez vueltas por segundo el fierro verde que se le incrustó en las sienes?

—Señor juez, la señora desea volver y comportarse.

—Que entre. Señora, le pido de favor guardar silencio. Comprendemos su estado de ánimo, su dolor, señora; pero estamos en un proceso que hará justicia indefectiblemente.

Ahora salió. ¡Justicia! Hacer justicia. Condenar al soldado al calabozo, por veinte años. Al oficial, veinte años. Al general, veinte años. A todo el ejército, veinte años.

¡Noooo! Aunque toda la eternidad (si hay eternidad, Dios mío) les guarden en prisión a estos canallas, mi hijo no va a volver. Hijito mío, primoroso. Todo lo que he tenido y ya no tengo. Hijo bueno.

—Señora...

—Perdón, señor juez, era un sollozo.

—Sigamos.

A la mañana siguiente comparece el oficial de mando. ¡Qué catadura! Porque aunque le brillan los ojazos azules en la cara, de su impavidez se desprende la explicación del crimen. Es un hijo de tal. Un varonazo, por los calzones, las espaldas, el trasero enhiesto. Pero un cobarde por la desfachatez que estila. Fresco. Vago y fresco. Coronel, que le dicen. Había ordenado, simplemente, que exijan al muchacho ciertos nombres. No más. Nombres de los grandotes del club, empezando por el cabecilla. Mi hijo no abrió la boca y sólo dijo que en el club no había mandones. Le patearon una primera vez. Por las piernas le patearon. Luego el coronel exigió que le ajustaran el pantalón de cuero furnido de veintidós púas de acero. Mi muchacho no habló pero dio un grito. Entonces el mismo coronelillo poderoso se acercó valiente y le pateó de abajo, por entre las piernas. Las púas desbarataron el genitor de mi hijo. Con una mueca triunfal el mico resolló enseguida:

—¿Querés otra para contestarme como se debe?

—Yo no conozco a nadie de ese club ni de ningún otro. Déjeme libre.

Y le pateó otra vez el miserable.

Ahora que hable. Ahora que me explique a mí, a mí sola, porque en esto no se mete ningún juez ni ningún idiota de éstos que hacen tanto papel para limpiarme, ¿por qué le mataron? ¿Por qué le arrastraron con un fusil en las partes, mientras chorreaba su testículo derecho sangre y semen? No voy a llorar. No voy a hablar siquiera. Me sobreaguanto la grima. Que hablen ellos, mierdas.

—Los cargos son...

Y la audiencia cerró esta vez con el enunciado de los cargos contra la dinastía de coroneles.

A la semana siguiente vino a tablas un teniente. Antes, durante esos desgraciados días en que los periódicos nos escandalizaban con pacatos informes acerca de los juicios, acerca de los tenientillos embaretados, de los soldadazos obedientes, me he muerto de risa. ¿Alguien podrá explicarme por qué la risa está tan cerca de la muerte y de las lágrimas? He visto llorar a una vecina por su difunto y de pronto volverse loca de risa. Y yo también me reí cuando más me dolía la grosera disculpa del teniente al finalizar su comparecencia:

—Las órdenes del general vinieron por escrito y mi abogado conserva esos papeles, señor juez.

Me he reído el lunes y el martes me he reído. Todos los días me he reído, en el desván, en la cocina, sin que Ramón note mi esquizofrenia de abuela tonta, que tantas veces llora por el nieto y hasta se come las sábanas lavadas recién, de tanta risa. El sábado no más me reí en plena calle, cuando el canillita me mostró el periódico:

"Teniente sufrió desmayo cuando dos testigos reseñaron el allanamiento de la casa de Martínez."

No más reír, abuela tonta. No más reír. El juicio es cosa seria. Y la justicia es cosa seria.

—Y los cargos también, ¡so chinches!

Esta vez el juicio ha encarado al brigadier general.

Oigo respetuosamente al juez. Me aguanto. No tengo por qué decirle lo que siento. Mis sentimientos, después de todo, son algo mío, como ese hijo que tuve en mis entrañas.

—Convenía a la seguridad del país, señor juez.

¡La canallada! Ahora nos viene este imbécil todavía iluminado de charreteras, con la basura horrenda: la seguridad del país. ¡La santa espía! ¿Es que el país es una dulce panza para arriba, un monigote de sombrero, una papadilla gruesa, un gran porcino, unos bigotazos negros, un cepillo? Helo ahí. Serenazo. Bien comido. Sosegado aparentemente por la dignidad de su alto rango militar, tibio ("porque eres tibio te vomitaré de mi boca", creo dice el Señor), mirándome como una aguja, como un cilindro hueco, vacío, vacío, puntiagudo, está ahí el imbécil. ¡Y hablando del país! ¡Qué cuajo!

¿La seguridad del país? Se la inventaron, zafios. Se inventaron la palabrita y el concepto que para todos nosotros es una estolidez de ratas, porque a nombre de la seguridad del país roban, matan, conspiran, se llenan de presupuestos los bolsillos y nos muelen cuando les da la gana de molernos. Perros. Ahora que digan cuál es la seguridad del país, si cuando vino la Thatcher ésa y nos comió en el culo, sólo nuestros muchachos se fregaron. Estos, ni a la esquina. Seguían lamiendo rabos de gitanas. Seguían bebiendo ron y vino y whisky y cabareteando. Y se escondieron en papeles que decían planes. Y se metieron reuniditos en la Casa Rosada a que las juntas militares dialoguen mientras los pericos nuestros se morían. ¡Qué pendejada! Seguridad del país. ¡Qué pendejada!

—"Por de pronto, se tiene entendido que los excesos de argentinos contra argentinos, ocurrieron (innegable), y fueron instancia (qué inventos de palabrotas tontas) militar de seguridad nacional."

En el parque de mayo, cuarenta y ocho señoras menean la cadera para burlarse del designio. Un rótulo por ahí, reza:

—"Charlatanes, a presidio".

Y otro:

—"Queremos a nuestros hijos y no la cabeza de los generales".







zón distinta. ¡Una razón! Los militares —no se crea— también piensan. También reaccionan. ¿Quién dijo que son unos tímidos cachorros sometidos de tal manera al silencio, que hasta les abandona el discernimiento?

—Lo que se ha dicho es que obedecen ciegamente a la jerarquía, pero no que la jerarquía les sume los sesos.

Piden que no sigan los juicios absurdos que los civiles han inspirado en Argentina. Esos juicios con los que reclaman hasta el presente, los civiles, lo que fue historia entre 1976 y 1983. Los juicios por los desaparecidos, los muertos, los sentenciados sin otra sentencia que la patada de un general, el bofetón de un coronel, la furia de un teniente; sentencia que al cabo degeneró en arrastre, en sacudida, en sablazos, en tortura, en descargas.

—¿Sólo eso piden? ¡Pudibundos! Heroicos. Indefensos.

—¡Pobrecitos!

Pero no. Nadie va a tocar su categoría. La casta sale en defensa de los casteados; ¡en Argentina los militares son de sangre! (Sépase).

El informe A, como se puede advertir, ha tomando un giro singular: "Militares rebelándose contra el plan A que venía impuesto desde el 79".

—¿Impuesto?

—Impuesto.

—¿Desde el 79?

—Desde el 79, desde el 40, desde no sé cuándo.

—¡Y uno que creía que era la época de independencia! (Por tantas votaciones, digo).

El juicio que al General le cuelgan sobre el pecho, casi como medalla, no repone a un hijo como el suyo, carne y carne, sangre y alma. Ni lo repone la posible sentencia condenatoria. Ella como madre sabe que la frente elemental del joven hijo no puede ya ser revivida. Un soldado obediente (¡ah, la maldita obediencia de soldado!) le trituró el parietal con una culata, el veintidós de noviembre de 1976, a las tres de la tarde, por Lanús. Cómo ocurrió, sólo es idea. Los soldados nunca avisan cómo matan cuando matan.

Ayer han concurrido los fiscales y en nombre de la nación entera, incluida esta madre, han acusado del crimen al obsecuente cumplidor de recetas militares. El se justificó soberbiamente con aquello de las órdenes y no sé qué más, que suena a animales, pues los animales no piensan cuando actúan. Eso. Animales.

—Y el militar no piensa cuando actúa.

—¿No piensa?

—Yo cumplía órdenes, señor juez. Vino el oficial y me dijo: "Pegale no más en la frente. Pegale en el trasero. Pegale en donde más gustés, Florencio. A éstos no hay que dejarles ni siquiera el ojo del culo. Vos sabés a qué me refiero, jueputa". Y yo sólo le pegué una sacudida por donde pude, pero sin herirle, señor. Sin herirle.

No. No le heriste. Pero se te murió, boludo. Murió no más. Ahora nadie reemplaza a mi hijo rubicundo. Nadie repone sus frases de gacheta, de varón en celo, cuando salía los domingos a joder con la piba.

—Chiao, madre. No me esperés temprano.

—¿Temprano? Cuidate, malandro. Las pibas se empreñan así no más, sin que caigás en cuenta. No me andés sobando a la luz de la luna. Mirá lo que hacés. Ellas quieren atraparte, reptil. Van a atraparte.

El reptilcillo volvía, sin embargo. Volvía cada vez y con qué cara de cuento. La piba había florecido, así no más, sin el vestido, por sus manos. La vida había ofrecido su ración de zumos, por los poros rosados de ambos chicos. La vida había seguido. Seguía. A diario germinaba en sus impulsos. Caminaba. Volvía. Encendía promesas y ensueños y amistades y pasiones.

Ahora, señor juez, salen con esto. Con que no le golpearon para matarle sino para inquirirle. Para sacarle nombres de otros jóvenes amadores de domingo también, enrolados en el nudo ése, donde Jaime de la Boza, que ahora viene a conocer la vieja,era un club de pensadores.

Y salen con lo nuevo: que cumplían órdenes (cuándo no), los mierdas éstos, soldados de la patria (qué patria, puta, digo, qué patria, si lo mataron, si le rompieron la frente, si le sacaron los sesos sin una sola angustia, sin un solo sentimiento, so lebreles, comevidas, por la patria).

—Señora, usted no puede hablar todavía. No es testigo ni ha sido requerida en este tribunal por abogado alguno.

—Es que soy la madre, señor. Tengo todo el derecho del mundo.

—Señora, por favor. Guardia, lleve a la señora y que le sirvan un vaso de agua.

¡Un vaso de agua! Con eso tragaré la muerte. Me pasará con eso este dolor de cuerpo entero, de vida entera, que me sube desde el centro de la vida, el vientre, hasta la demolición de la conciencia.

Una vieja engordecida, como ella, ya no siente vergüenza por su talle de jamón, su andar de báscula, su tenue jorobita y los cachetes. Ni siente nada por ir así, vestida de negro, el negro ceremonial a que se ha condenado junto con las demás viejas entontecidas por la ira. No, no es venganza lo que anima. Ni rencores. Es la vida. Es haber tenido adentro al hijo, a la hija, a estos pibes sonrientes y soberbiamente haberles parido con el dolor que dicen es castigo. Se sabe, cuando una es madre, que ese castigo borra toda maldición y una entra en la plenitud de la existencia. El hijo sale caliente, calientito, sobando,de otra forma que el marido, la pared uterina. Y la vida nace, y se extiende, y se multiplica, y late allí en otra partitura, en otras manos, dos manos, cien manos, mil millones de manos, que es un hijo.

Y vienen hoy con que obedecían. ¿Puede haber obediencia para matar? Sólo los machos que no paren pueden matar, entonces. Sólo ellos que empujan la semilla enloquecidos, que aman y desgarran el himen como un cielo y luego se van, se van sin más, dejando que la vida, ella sola, se haga trenzas, se haga rostro, se haga piel, en el cuartito suave de la matriz nuestra, femenina.

Le mataron. Simplemente ya no está. ¡Triste hijo mío! El dulce espacio, el firme sitio que ocupaba, es ahora más aire y está libre. Este soldado le disparó el porrazo que reventó sus huesos. ¿Pensaría al matar, el verde imbécil, que mi niño vino por la tarde, sobre el catrecito de lonas que todavía tengo en un rincón del piso? ¿Pensaría que era una realidad, una verdad de ojos y de tripas, veinteañero? ¿Pensaría siquiera que una vez suspendido el hálito de un hombre, ya no vuelve? Se engaña uno con la vista de las personas vivas para pensar que el muerto no es tan muerto, sino un suspenso, un inerte hasta mientras que volverá a aparecer haciendo guiños, como los artistas de cine cuando mueren por libreto.

Obedecía. ¿Y quién te tomó, baboso, la muñeca para alcanzar el mango del azadón y destaparle? ¿Quién podría empujarte las venas o la sangre para mover a diez vueltas por segundo el fierro verde que se le incrustó en las sienes?

—Señor juez, la señora desea volver y comportarse.

—Que entre. Señora, le pido de favor guardar silencio. Comprendemos su estado de ánimo, su dolor, señora; pero estamos en un proceso que hará justicia indefectiblemente.

Ahora salió. ¡Justicia! Hacer justicia. Condenar al soldado al calabozo, por veinte años. Al oficial, veinte años. Al general, veinte años. A todo el ejército, veinte años.

¡Noooo! Aunque toda la eternidad (si hay eternidad, Dios mío) les guarden en prisión a estos canallas, mi hijo no va a volver. Hijito mío, primoroso. Todo lo que he tenido y ya no tengo. Hijo bueno.

—Señora...

—Perdón, señor juez, era un sollozo.

—Sigamos.

A la mañana siguiente comparece el oficial de mando. ¡Qué catadura! Porque aunque le brillan los ojazos azules en la cara, de su impavidez se desprende la explicación del crimen. Es un hijo de tal. Un varonazo, por los calzones, las espaldas, el trasero enhiesto. Pero un cobarde por la desfachatez que estila. Fresco. Vago y fresco. Coronel, que le dicen. Había ordenado, simplemente, que exijan al muchacho ciertos nombres. No más. Nombres de los grandotes del club, empezando por el cabecilla. Mi hijo no abrió la boca y sólo dijo que en el club no había mandones. Le patearon una primera vez. Por las piernas le patearon. Luego el coronel exigió que le ajustaran el pantalón de cuero furnido de veintidós púas de acero. Mi muchacho no habló pero dio un grito. Entonces el mismo coronelillo poderoso se acercó valiente y le pateó de abajo, por entre las piernas. Las púas desbarataron el genitor de mi hijo. Con una mueca triunfal el mico resolló enseguida:

—¿Querés otra para contestarme como se debe?

—Yo no conozco a nadie de ese club ni de ningún otro. Déjeme libre.

Y le pateó otra vez el miserable.

Ahora que hable. Ahora que me explique a mí, a mí sola, porque en esto no se mete ningún juez ni ningún idiota de éstos que hacen tanto papel para limpiarme, ¿por qué le mataron? ¿Por qué le arrastraron con un fusil en las partes, mientras chorreaba su testículo derecho sangre y semen? No voy a llorar. No voy a hablar siquiera. Me sobreaguanto la grima. Que hablen ellos, mierdas.

—Los cargos son...

Y la audiencia cerró esta vez con el enunciado de los cargos contra la dinastía de coroneles.

A la semana siguiente vino a tablas un teniente. Antes, durante esos desgraciados días en que los periódicos nos escandalizaban con pacatos informes acerca de los juicios, acerca de los tenientillos embaretados, de los soldadazos obedientes, me he muerto de risa. ¿Alguien podrá explicarme por qué la risa está tan cerca de la muerte y de las lágrimas? He visto llorar a una vecina por su difunto y de pronto volverse loca de risa. Y yo también me reí cuando más me dolía la grosera disculpa del teniente al finalizar su comparecencia:

—Las órdenes del general vinieron por escrito y mi abogado conserva esos papeles, señor juez.

Me he reído el lunes y el martes me he reído. Todos los días me he reído, en el desván, en la cocina, sin que Ramón note mi esquizofrenia de abuela tonta, que tantas veces llora por el nieto y se come las sábanas lavadas recién, de tanta risa. El sábado no más me reí en plena calle, cuando el canillita me mostró el periódico:

"Teniente sufrió desmayo cuando dos testigos reseñaron el allanamiento de la casa de Martínez."

No más reír, abuela tonta. No más reír. El juicio es cosa seria. Y la justicia es cosa seria.

—Y los cargos también, ¡so chinches!

Esta vez el juicio ha encarado al brigadier general.

Oigo respetuosamente al juez. Me aguanto. No tengo por qué decirle lo que siento. Mis sentimientos, después de todo, son algo mío, como ese hijo que tuve en mis entrañas.

—Convenía a la seguridad del país, señor juez.

¡La canallada! Ahora nos viene este imbécil todavía iluminado de charreteras, con la basura horrenda: la seguridad del país. ¡La santa espía! ¿Es que el país es una dulce panza para arriba, un monigote de sombrero, una papadilla gruesa, un gran porcino, unos bigotazos negros, un cepillo? Helo ahí. Serenazo. Bien comido. Sosegado aparentemente por la dignidad de su alto rango militar, tibio ("porque eres tibio te vomitaré de mi boca", creo dice el Señor), mirándome como una aguja, como un cilindro hueco, vacío, vacío, puntiagudo, está ahí el imbécil. ¡Y hablando del país! ¡Qué cuajo!

—¿La seguridad del país? Se la inventaron, zafios. Se inventaron la palabrita y el concepto que para todos nosotros es una estolidez de ratas, porque a nombre de la seguridad del país roban, matan, conspiran, se llenan de presupuestos los bolsillos y nos muelen cuando les da la gana de molernos. Perros. Ahora que digan cuál es la seguridad del país, si cuando vino la Thatcher ésa y nos comió en el culo, sólo nuestros muchachos se fregaron. Estos, ni a la esquina. Seguían lamiendo rabos de gitanas. Seguían bebiendo ron y vino y whisky y cabareteando. Y se escondieron en papeles que decían planes. Y se metieron reuniditos en la Casa Rosada a que las juntas militares dialoguen mientras los pericos nuestros se morían. ¡Qué pendejada! Seguridad del país. ¡Qué pendejada!

—"Por de pronto, se tiene entendido que los excesos de argentinos contra argentinos, ocurrieron (innegable), y fueron instancia (qué inventos de palabrotas tontas) militar de seguridad nacional."

En el parque de mayo, cuarenta y ocho señoras menean la cadera para burlarse del designio. Un rótulo por ahí, reza:

—"Charlatanes, a presidio".

Y otro:

—"Queremos a nuestros hijos y no la cabeza de los generales".

VERANO BONAERENSE

Mar del Plata

VILLA VICTORIA OCAMPO. Matheu 1851.
• **Cine en el parque**, todos los martes y miércoles de febrero, a las 22.30 hs. Organiza Fundación Cultura Cine Arte Mar del Plata con el auspicio de **Página/12**. Pantalla gigante.
EXPOSICION DE AUTOS Y MOTOS ANTIGUAS, hasta el 17 de febrero de 16 a 20 hs. Con la colaboración del Club de Autos de Colección y Motos Antiguas de Mar del Plata. Lamadrid 3870.
CICLO DE VERANO EN LAS PLAYAS. Juegos recreativos y espectáculos. Rotativamente en La Perla, Playa Grande y Constitución. Viernes, sábados y domingos a partir de las 15 hs.
CICLO MUSICAL. Todos los viernes a las 22 hs. con la participación de artistas de renombre nacional.
LA ULTIMA NOCHE QUE PASE CONTIGO. Sábados, domingos y lunes a las 23 hs. Música caribeña de las décadas del '40 y '50.
ARCHIVO MUSEO HISTORICO MUNICIPAL. Villa Ing. Emilio Mitre. Lamadrid 3870.
• Muestra permanente **Momentos Históricos**, se desarrolla en las salas de P.B. de la Villa.
• **El ayer y el hoy Marplatense.** Con imágenes comparativas de la transformación urbana arquitectónica

MUSEO MUNICIPAL DE CIENCIAS NATURALES LORENZO SCAGLIA. Av. Libertador 3099.
• **El Museo en acción.** Diariamente de 10 a 12 y de 17 a 22 hs.
• Muestra de las principales actividades marítimas que tienen asiento en Mar del Plata.

TEATROS

ALBERDI. J.B. Alberdi 2453.
De martes a domingos a las 22 hs.: Lorenzo y Carlos Spadone presentan a **Hugo Varela** en **De Pe a Pa** y el éxito continúa.
ATLAS. Luro y Corrientes.
De martes a domingos 21.30 y 23.15 hs. Thelma Biral, Susana Campos, Nora Cárpena, Moria Casán, Graciela Dufau en **Brujas**, de Santiago Moncada. Dir.: Luis Agustoni.

BIBLIOTECA. Catamarca y 25 de Mayo.

LA PLATA

TEATRO OPERA: Se presenta "Aeroplanos", con **Carlos Carella** y **Pepe Novoa**, en tres únicas funciones: viernes 8 de marzo, 22 horas; sábado 9, 22 horas y domingo 10, 21 hs.

• Sala A: **Crimen en la mansión encantada**, espectáculo reidero para toda la familia. Con Elisa Marval y José María Guimet. Jueves a domingos a las 22.15 hs. Todos los martes (excepto 22) Luis Caro en **Murga de los crotos.**
• Sala B: Jueves a domingos a las 22.15 hs.: **Pasado pisado.** Humor para olvidadizos de Marcelo Marán con Patricia Canale, Cecilia Martin, Jorge Frontera. Dir.: Enrique Baigol.
C.C.L.T. Colón 2052.
Lo mejor del Teatro Independiente. A las 22.30 hs., lunes y martes, J. M. Rapacciolli presenta: **Prévert, más que palabras.** Miércoles y jueves, Sergio Paris y J. Rivera Wollands en: **Humorbozo**, para reírse hasta la muerte. Viernes, sábados y domingos, Grupo Los Trascendentales presenta: **Merde, el último comediante.**
CENTRO MEDICO. San Luis 1974. A las 22.30 hs. Lunes, miércoles, viernes y domingos. Estreno absoluto de: **Proceso de familia**, de Diego Fabbri. Una obra que no puede dejar de ver. Dir.: Francisco Rinaldi. Martes, jueves y sábados: **La ratonera**, de A. Christie en sus 11 años.
CORRIENTES 1. Corrientes 1766. Diariamente 22.30 hs. Fernando Lúpiz, César Pierry, Judith Gabbani, Pablo Codevila, Liliana Bernard, Adriana Basualdo y Lucrecia Capello en: **Mentiro...S.O.S.** Dir.: Claudio García Satur.
CORRIENTES 2. Corrientes 1766. Diariamente 22 hs.: Betiana Blum, Arturo Bonín en: **Love Letters** (Cartas de amor), de A. R. Gurney, versión Fernando Masllorens y Federico González del Pino. Dir.: Oscar Barney Finn.
DE LAS ESTRELLAS. Colón y la Costa.
De miércoles a lunes 22.30 hs. Sábados 21.30 y 23 hs. Gustavo Rozas presenta a Roberto Antier, Cecilia Etchegaray, José M. Monje, Ricardo Sbaraglia, Adrián Suar y Diego Torres en: **Pájaros in the nait**, de Korovsky-Hermida. Dir. gral.: Ricardo Darín.
ENCUENTROS. San Luis 2069. Presenta Compañía de Teatro Colonial de Bs. As. en: **De cómo reírse en serio.** Con Ivana Molinari y Adrián Di Stéfano (Dir. Gral.) Miércoles y sábados a las 22 hs. Apta para todo público.
FEELING... OF THE NIGTH. Santiago del Estero 2265.
Todos los días a las 22.30 hs.: El show más espectacular para la mujer. Ahora el éxito de Bs. As. está en Mar del Plata: **Hombres sensuales en un verano caliente**, con la conducción de Sergio Devitte y la coreografía de Darío Martínez.
INDEPENDENCIA. Independencia 1462.
Presenta Compañía del Teatro Colonial de Bs. As. en: **Zarzuelas** (3ª temporada con nuevo programa). Auspicia embajada de España. Fragmentos de **La verbena de la paloma, La gran vía**, etc. Gran elenco. Dir. musical: F. Galvé. Diariamente a las 21.30 y 23.15 hs.
LIDO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 22 hs. Lorenzo y Carlos Spadone presentan: **Extraña pareja** (versión femenina), de Neil Simon, con Soledad Silveyra, Ana María Picchio, Perla Caron, Graciela Pal, Rita Cortese, Julian Howard y Roberto Caterineu.
NEPTUNO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 21.30 y 23.45 hs.: **Midachi** presenta su nuevo espectáculo: **Volumen III**. Para todo público. Lunes a las 22.30 hs.: **Luis Aguilé**, con su espectáculo **Música feliz.**
NOTARIADO. Colón e Independencia.
Alba Castellanos en: **El poeta y la Luna**, con Mayte Caparrós y Osvaldo Albornoz. Martes y jueves: 22.30. De viernes a lunes a las 22.30 hs.: **Mugres tempestuosas**, de la Fábrica Marplatense de Comedias
ODEON. Entre Ríos 1828.
"Divertidísima". Mercedes Carreras, Beatriz Taibo, Mario Sapag en: **La cigüeña dijo sí**, con Victoria Carreras, Gabriel Lenn y la actuación estelar de Francisco Llanos. Autor Carlos Llopis. Dir.: Enrique Carreras. Miércoles, jueves y viernes a las 22 hs. Martes, sábados y domingos a las 21 y 23 hs. Apto para todo público.
PLAZA. Rivadavia 2332.
De martes a domingos a las 23 hs. Lunes a las 22.30 hs. Unico espectáculo internacional: **Pavlovsky**, con Angel Pavlovsky.
PROVINCIAL. B. Marítimo 2300. E.Estevánez presenta a Carlos Calvo, Enzo Viena, Cris Morena, Pablo Rago, Mabel Landó, O. Echegoyen en: **Mi familia**, de Neil Simon. Dir. gral.: Carlos Olivieri. De martes a domingos a las 21.30 y 23.30 hs.
RE FA SI 1. Luro 2332.
De martes a domingos a las 22 hs. Grupo La Banana Loca, presenta el show cómico musical: **Humor... con humor se paga.** Apto todo público. Lunes a las 22 hs. Grupo Los Fiambres presenta: **Fiambres en las góndolas.** Musical con espinas. Apto todo público.
Viernes sábados y domingos a las 0.15 h. Miguel Angel Vaccaro presenta a Daniel Aráoz y el Turco Salomón en: **Dos ladrones en contramano.**
REGINA. San Martín 2426.
De martes a domingos 21.30 y 23.30 hs.: Dario Vittori, Beatriz Salomón y elenco en: **Noche de gatos.**
SANTA FE. Santa Fe 1854.
Claudio García Satur y Patricia Palmer en: **De mil amores**, con Alfredo Zemma. Apto todo público. Martes, miércoles, jueves y domingos a las 22 hs. Viernes y sábados a las 22 y 23.30 hs.
TEATRO MARPLATENSE LA GRANA. Av. Colón y Guido.
Presenta: **Una libra de carne**, de Agustín Cuzzani. Dir.: Roque Basualdo. Elenco: Hugo Cogan, Claudio Acuña, Víctor Iturralde, Juan José Luques, Jorge García, Jorge Ramírez Jar, Mario González y Claudio Basualdo. Viernes a domingos 22 hs.
TRONADOR. Santiago del Estero 1746.
Presenta: **Rumores**, de Neil Simon, con M. Busnelli, J. Leyrado, M. Valenzuela, R. Darín, J. L. Mazza, R. Randón, A. Maly, A. Salgueiro, R. Flore, A. Majluf. Dir.: Ricardo Darín. Martes a domingos a las 22 hs. Sábados: 21.30 y 23.30 hs.

VARIEDADES

BAILABLE SOCIAL RIVADAVIA. Entre Ríos 1864.
Discoteca exclusiva para mayores de 25 años. Venga a bailar con todo ritmo de la noche. Tango, jazz, tropical. "Carnaval Carioca". Abierto todos los días desde las 22 hs.

TEATRO PAYRO

Aeroplanos: Ganadora de dos Estrella de Mar. Las funciones son de martes a domingo a las 21.15 y a las 23.
2 de marzo última función
Mejor autor nacional: Carlos Gorostiza.
Mejor escenografía: Luis Diego Pedreira.
El debut de la piba: La pieza de Roberto Cayrol recibió el premio Estrella de Mar al mejor actor marplatense: Jorge Taglioni.

Necochea

TEATROS

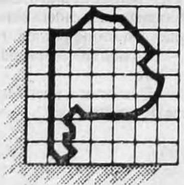
DE LA ESQUINA. Av. 73.
Show Mágico: Jorge Guillermoni. Martes a domingos a las 23 hs.
DE LA PEATONAL. Calle 83 e/2 y 4
Anclado en Madrid, de Roberto Ibáñez, con R. Carnaghi y H. Grosso. Dir.: V. Cosse. Martes a domingos 23 hs.
PLAZA. Calle 85 y Bis.
Modelos de madres para recortar y armar. Por Grupo Candilejas. Jueves a domingos a las 22.30 hs.
Inodoro Pereyra "El Renegau", por el Grupo de Acción de Rosario. Jueves a domingos 24 hs.
TEATRO MUNICIPAL. Calle 54 N° 3076.
Presenta el unipersonal de **Danilo Devizia.** Viernes a domingos 22 hs.

Villa Gesell

MUSIC HALL
POUR L'ETE. Avenida 3 y Paseo 124.
Café Concert. Todas las noches show musical con distintas figuras. **Willy Toledo, Bocha Retegui, Walter Acosta.**
POLIDEPORTIVO MUNICIPAL. Paseo 110 e/Boulevard y Av. 10
Portal, rey de los monos. Una propuesta de Raúl Portal para todos los pequeños. Todos los días de 18 a 24 hs. Días lluviosos de 16 a 24 hs.
CASA DE LA CULTURA. Avenida N° 3 entre Paseos 108 y 109. Lunes y martes a las 23 hs.: **La señora Klein.** Con Mabel Manzotti. Miércoles y sábados: **Inodoro Pereyra**, Rudy Chernicoff.

CERTAMEN DE LAS ARTES, LAS CIENCIAS Y EL PENSAMIENTO

La Subsecretaría de Cultura de la Dirección de Escuelas y Cultura del Gobierno del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires convoca a escritores, historiadores e investigadores bonaerenses a participar del Certamen en el género ensayo (literario y científico).
Las obras deben tener una extensión mínima de 30 carillas y máxima de 60. Los trabajos serán inéditos y podrán ser acompañados de hasta 20 ilustraciones, firmados con seudónimo y entregados en original y dos copias. Las obras deben presentarse en Calle 5 N° 755. La Plaia. C.P. 1900, hasta el 31 de marzo de 1991.
Los temas son los siguientes:
I) Homenaje a Ricardo Güiraldes. Tema: "Costumbres y tradiciones de la Provincia de Buenos Aires".
II) Homenaje a José Hernández. Tema: "Vida y obra de José Hernández"
III) Homenaje a Arturo Jauretche. Tema: "La Provincia de Buenos Aires y su influencia en la vida nacional".
IV) Homenaje a Alejandro Korn. Tema: "La Provincia de Buenos Aires y el país en el contexto mundial a fines del siglo XX"
V) Homenaje a Florentino Ameghino. Tema: "La arqueología en el ámbito de la Provincia de Buenos Aires"
VI) Homenaje a Francisco P. Moreno. Tema: "La paleontología en la Provincia de Buenos Aires".
VII) Homenaje a Pedro Benoit. Tema: "La arquitectura social en el trazado de ciudades de la Provincia de Buenos Aires durante los siglos XIX y XX.
VIII) Homenaje a Florentino Molina Campos. Tema: "La identidad cultural bonaerense en la imagen durante los siglos XIX y XX".
IX) Homenaje a Rafael Hernández. Tema: "Universidad, trabajo y producción en la Provincia de Buenos Aires, desde la creación de la Universidad de La Plata".



GOBIERNO DEL PUEBLO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Dirección General de Escuelas y Cultura
Subsecretaría de Cultura